

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visualidades narrativas de la violencia

JESÚS MARTÍN-BARBERO*

A la memoria de Milton Santos e Norbert Lechner,

ABSTRACT**

The experiences reported in this article concern with the problem of narrative and political visibility that emerges from the conflict and the linkage between citizenship and urbanity, between citizen experience and urban experiment. What I have reported next, shortly and analytically, are some Colombian experiences and experiments regarding the new visibility of Bogota and the peculiarities of Medellin's youth.

*Universidad Javeriana de Bogotá
(Colombia)

** Traducion MARIANNE
HARUMI para la version
on line de **MATRIZes**.

Key words: urbanity, suburb, conflict, youth, political visibility.

RESUMO

As experiências narradas neste artigo colocam o problema da visibilidade política e narrativa que emerge do conflito e do atrelamento entre cidadania e urbanidade, entre experiência cidadã e experimentação urbana. O que narrarei a seguir, de forma sucinta e analítica, são algumas experiências e experimentações colombianas a respeito da nova visibilidade de Bogotá e as peculiaridades dos jovens em Medellín.

Palavras-chave: urbanidade, periferia, conflito, juventude, visibilidade política.

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visualidades narrativas de la violencia

DOS LECTURAS DEL CONTEXTO: ESPACIOS Y TIEMPOS DE NUESTRA SITUACIÓN

Desde Colombia oteo la *situación latinoamericana* marcada a trazos gruesos por un rasgo fuertemente alentador: el retorno de la política al primer plano de la escena después de casi veinte años de sufrir la perversión de tener a la economía -trasvestida de ciencia pura y dura- actuando como único e inapelable protagonista. Suplantando a la economía política, la *macro-economía* no sólo relegó la política a un lugar subalterno en la toma de decisiones sino que ha contribuido grandemente en nuestros países al vaciamiento simbólico de la política, esto es a la pérdida de su capacidad de convocarnos y hacernos sentir juntos. Con la secuela de *des-moralización* que ello ha producido al traducirse una creciente percepción de humillación y sensación de impotencia individual y colectiva. El secuestro de la política por la macroeconomía ha contribuido también a la deslegitimación del Estado, convirtiéndolo en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC sobre una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones obligados a emigrar hacia USA y Europa. Pues al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado buscaba redefinir la misión propia del Estado, y ello mediante una *reforma administrativa* con la que, a la vez que se le marcan metas de *eficacia* cuyos parámetros, eminentemente cuantitativos e inmediatistas, provienen del paradigma empresarial privado, se le *des-centra* pero no en el sentido de un profundizamiento de la democracia sino en el de su debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional.

Es por todo eso que el *retorno de la política* oxigena el ambiente ensanchando el horizonte no sólo de la acción sino del pensamiento, que se ha visto también seriamente axfisiado por la alianza entre pensamiento único y determinismo tecnológico. Vuelve la política contodo lo que ella conlleva de inercias y vacíos pero también de esfuerzos por recargarla de densidad simbólica y por avizorar nuevos ángulos y narrativas desde la que pensarla y contarla. De ese renovador pensamiento son muestra cierta las *lecturas mayores* que del contexto nos han legado, antes de morirsenos ya iniciado el nuevo siglo, dos de nuestros más grandes cartógrafos de la política: el geógrafo brasileño Milton Santos ayudándonos a pensar las transformaciones del espacio, y el politólogo chileno Norbert Lechner invitándonos a descifrar las mutaciones que atraviesa nuestro tiempo.

Lúcido como pocos entre nosotros, Milton Santos, nos trazó en su libro último publicado antes de morir, *Por una outra globalização* (2000), el esbozo de un mapa político en el que nuestras sociedades se hallan tensionadas, desgarradas, y a la vez movilizadas, por dos grandes movimientos:

el de las *migraciones* sociales –de un tamaño estadístico y una envergadura intercultural nunca antes vistos- y el de los *flujos* tecno-informacionales cuya densidad está trastornando tanto los modos de producción como los de estar juntos. A esa luz la globalización aparece a un mismo tiempo como *perversidad* y como *posibilidad*, una paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción capaz de transformar su curso. Pues la globalización *fabula* el proceso avasallador del mercado, un proceso que uniforma el planeta pero profundizando las diferencias locales y por tanto desuniendolo cada día más. De ahí la *perversidad sistémica*¹ que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres sino más saqueados.

Pero la globalización también representa un conjunto extraordinario de *posibilidades*, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos: la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy –aunque con muchas diferencias y asimetrías- en todos los continentes, una mezcla posible sólo en la medida en que emergen con mucha fuerza filosofías otras poniendo en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; también una fuerte reconfiguración de la relación entre poblaciones y territorios: la mayor parte de la población se aglomera en áreas cada día menores imprimiendo un dinamismo desconocido al mestizaje de culturas y filosofías pues “las masas de que hablara Ortega y Gasset a comienzos del siglo XX” cobran ahora una nueva cualidad en virtud de su aglomeración y diversificación²; y el otro hecho profundamente nuevo, y sobre todo innovador, se halla en la apropiación creciente de las nuevas tecnologías por grupos de los sectores subalternos posibilitándoles una verdadera “revancha sociocultural”, esto es la construcción de una contrahegemonía a lo largo del mundo.

Ese conjunto de *posibilidades* abren la humanidad por primera vez en la historia a una “universalidad empírica” y a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una “mutación política”, un nuevo tipo de *utopía* capaz de asumir la envergadura de sus desafíos. Primero, *la existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria* que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo. Y con eso, el atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas llevándonos de una influencia puntual –por efectos de cada técnica aisladamente como lo fue hasta ahora- a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente al conjunto de cada país, y de los países. Segundo, *la nueva mediación de la política* cuando la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, lo que está exigiendo

1 M.Santos, *Por una outra globalizacao*, p.46 y ss., Record, Rio de Janeiro, 2000

2 M.Santos, obra citada, p.118

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visuales narrativas de la violencia

una fortísima unidad política que articule las fases y comande el conjunto a través de la “unidad del motor” que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo. El nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la *competitividad exponencial* entre empresas de todo el mundo “exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización”. Y tercero, *la peculiaridad de la crisis que atraviesa el capitalismo* reside entonces en el *entrechoque continuo de los factores de cambio* que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades desbordando territorios, países y continentes. Pues al hallarse conformado de una extrema *movilidad de las relaciones* y una gran *adaptabilidad de los actores*, ese entrechoque reintroduce “la centralidad de *la periferia*”³, no sólo en el plano de los países sino de lo social marginado por la economía y ahora re-centrado como *la nueva base en la afirmación del reino de la política*.

Pasando de la reflexión del geógrafo sobre el espacio a estudiar las tramas del tiempo, Norbert Lechner también nos dejó poco antes de morir una preciosa y anticipadora meditación sobre los contornos que *Las sombras del mañana* (2002) proyectan ya sobre *nuestro tiempo*. Instalados como estamos en un *presente continuo*, en “una secuencia de acontecimientos, que no alcanza a cristalizar en duración, y sin la cual ninguna experiencia logra crearse, más allá de la retórica del momento, un horizonte de futuro”⁴. Hay proyecciones pero no proyectos, insistía Lechner, pues algunos individuos logran proyectarse pero las colectividades no tienen de donde asir proyectos. Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar cambios, con lo que la sociedad patina sobre una sensación de sin-salida. Si la desesperanza de la gente pobre y de los jóvenes es tan honda es por que en ella se mixturán los fracasos de nuestro país por cambiar con la sensación, más larga y general, de impotencia que la ausencia de futuro introduce en la sensibilidad del cambio de siglo. Asistimos entonces a una forma de *regresión* que nos saca de la historia y nos devuelve al *tiempo del mito*, al de los eternos retornos, aquel en el que el único futuro posible es entonces el que viene del “mas allá”, no un futuro a construir por los hombres en la historia sino un futuro a esperar que nos llegue de otra parte. Que es de lo que habla el retorno de las religiones, de los orientalismos nueva era y los fundamentalismos de toda laya. Un siglo que parecía hecho de *revoluciones* –sociales, culturales– terminó dominado por las religiones, los mesías y los salvadores: “el mesianismo es la otra cara del ensimismamiento de esta época”, concluye Lechner. Ahí está el reflatamiento descolorido pero rampante de los caudillos y los pseudopopulismos.

A partir de ese foco, Lechner otea las implicaciones convergentes de la globalización sobre el *espacio* – dislocación del territorio nacional en

3. M.Santos, obra citada, 149

4. N. Lechner, en “América Latina: la visión de los científicos sociales”, *Nueva sociedad*, 139, p. 124, Caracas, 1995

cuanto articulador de economía, política y cultura, y su sustitución por un flujo incesante y opaco que hace casi imposible hallar un punto de sutura que delimite y cohesione lo que teníamos por sociedad nacional- con lo que la globalización hace del tiempo: su *jibarización* por la velocidad vertiginosa del ritmo-marco y la aceleración de los cambios sin rumbo, sin perspectiva de progreso. Mientras toda convivencia, o transformación, social necesitan un mínimo de duración que “dote de orden al porvenir”, la aceleración del tiempo que vivimos las “sustraen al discernimiento y a la voluntad humana, acrecentando la impresión de automatismo”⁵. Que diluye a la vez el poder delimitador y normativo de la tradición – sus “reservas de sentido” sedimentadas en la familia, la escuela, la nación- y la capacidad societal de diseñar futuros, de trazar horizontes de sentido al futuro. En esa situación no es fácil para los individuos orientarse en la vida ni para las colectividades ubicarse en el mundo. Y ante el aumento de la incertidumbre sobre para dónde vamos y el acoso de una velocidad sin respiro la única salida es el *inmediatismo*, ese *cortoplacismo* que permea tanto la política gubernamental como los reclamos de las maltratadas clases medias.

N. Lechner afina su análisis potenciando las metáforas: la sociedad no soporta ni un presente sin un mínimo horizonte de futuro ni un futuro completamente abierto, esto es sin hitos que lo demarquen, lo delimiten y jalonen, pues *no es posible que todo sea posible*⁶. Y es entonces que las dolorosas experiencias vividas por la inmensa mayoría de los latinoamericanos necesitan ser leídas, primero, más allá de su significación inmediata, esto es en sus efectos de sentido a largo plazo, esos que *acotan* el devenir social exigiéndonos una lectura no lineal ni progresiva sino un desciframiento de sus *modos de durar*, de sus tenaces lentitudes y de sus subterráneas permanencias, de sus súbitos estallidos y sus inesperadas reapariciones. Y segundo, más allá de lo que de esas experiencias es representable en el discurso formal tanto de las ciencias sociales como de la política, esto es “en las representaciones simbólicas medienate las cuales estructuramos y ordenamos la experiencia de lo social”⁷, la densidad emocional de nuestros vínculos y nuestros miedos, de las ilusiones y las frustraciones.

De esas dos lecturas se infiere la necesidad de que la lectura de nuestra situación implique ante todo el desciframiento de la *experiencia común*, y de lo que hay de común en nuestras experiencias latinoamericanas. Ya que es en ella/ellas donde yace el sentido de los procesos de *desmoralización* de las multitudes -*multitudes* hoy retomadas por el pensa-

5. N. Lechner, “Orden y memoria” en G. Sanches y M. E. Wills (comp.) *Museo, memoria y nación*, Pnud/Icanh, Bogotá, 2000

6. N. Lechner, “Orden y memoria”, ya citado, p. 77

7. N. Lechner, *La sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, p. 25, Lom, Santiago de Chile, 2002

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visualidades narrativas de la violencia

miento social como una de sus más polémicas y sugestivas categorías⁸ y el de sus *formas de lucha*. Cómo resulta de significativo hoy el que E.P.Thompson diera prioridad epistémica y política a la *experiencia* sobre la *conciencia* de clase, con lo que ello implica hoy de desafíos a nuestro racionalista instrumental de investigación, pero también con la sintonía que introduce nuestro desconcierto cognitivo ante la *des-figuración* que atraviesa la política y la perversión de la economía.

Y es por eso también las experiencias narradas en este texto proponen la cuestión de la *visibilidad política y narrativa* que emerge de la conflictividad y el entrelazamiento entre *ciudadanías y urbanías*, entre experiencia ciudadana y experimentación urbana. Lo que voy a narrar sucinta y analíticamente son algunas experiencias y experimentos colombianos referidos a la nueva visibilidad de la ciudad de Bogotá y a las peculiares visualidades de los jóvenes en Medellín.

8. Sobre la recuperación *la multitud*: M.Hardt y A.Negri, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002; ver la revista francesa *Multitudes* <http://multitudes.samizdat.net/spip>

9 M.Jimeno, "Identidad y experiencias cotidianas de violencia", in G Restrepo y otros, *Cultura, política y modernidad*, ps.246-275, CES/Universidad Nacional, Bogotá, 1998

NUEVA VISIBILIDAD DE LO POLÍTICO: EXPERIENCIAS Y METÁFORAS

A mediados de los años '90 Bogotá añadía a la permanente *informalidad* de sus procesos de urbanización –construcción destructiva de buena parte de su memoria, deficiencia brutal de vivienda social, precariedad de los servicios y caos del transporte público- una ausencia creciente de espacios públicos compartibles o al menos caminables. Y un cargado escenario de violencias múltiples: desde sus altos índices de criminalidad e inseguridad la agresión en los ámbitos vecinales donde operaban las venganzas, el maltrato entre familiares y los delitos sexuales. Valga esta a imagen que focalizaba la relación de la mayoría de la población con la ciudad "Sus habitantes transitaban entre la casa y el lugar de trabajo como si lo hicieran por entre un túnel"⁹.

Pero esa misma Bogotá eligió para alcalde en 1995 al exrector de la Universidad Nacional, el matemático y filósofo, Antanas Mockus – de padres lituanos que huyeron de la guerra en su país primero a Alemania y después a Colombia- y quien se presentó de candidato sin el apoyo de ningún partido político, pese a lo cual dobló en votos a su mayorponente, y formó su gobierno con independientes y gente proveniente de la academia. Esa decisión transformaría radicalmente el futuro de Bogotá.

Desde los dispositivos simbólicos de esa campaña la ciudad asistió a una experiencia política radicalmente nueva, cuyo resumen estaba en el que fué su lema de gobierno: *formar ciudad*¹⁰. Que significaba tres cosas: lo que da su verdadera forma a una ciudad no son las arquitecturas ni las ingenierías sino los ciudadanos; pero para que ello sea posible los ciudadanos tienen que poder re-conocerse en la ciudad; y ambos procesos se basan en otro, el de *hacer visible la ciudad como un todo*, es decir, en cuanto espacio/proyecto/tarea de todos. Si antes la ciudad era invisibilizada por sus múltiples desastres y por los mil fallos en los servicios públicos que es desde los que ña gente se siente *afectada* cotidianamente –fallos en el acueducto, la energía eléctrica, el transporte, ect.- de lo que se trataba era de que la mirada cambiara de foco, y pasara a percibir esas deficiencias ya no como un hecho inevitable y aislado sino como el rasgo de una figura deformada en su conjunto, de una figura deforme, sin forma.

Y fue así como la ciudad comenzó a hacerse visible através de una serie de estrategias comunicativas callejeras que sacaron a sus habitantes del “túnel” por el que la atravesaban *provocandoles* mirar y ver. La primera fueron los más de 400 mimos y payasos –estratégicamente ubicados en múltiples lugares de la ciudad especialmente congestionados- señalando las líneas de zebra para el paso de peatones y acompañandoles, con el conseguiente revuelo, protestas y desconciertos que ello ocasionaba tanto entre los coconductores de automoviles como entre los asombrados transeúntes. Lo que en principio se tomó como un “mal chiste” del alcalde se convirtió pronto en una pregunta acerca del sentido del espacio público, pregunta que encontró muy pronto su traducción en gestos y conductas: la alcaldía regaló a miles de conductores de automovil un tarjetón en el que se veía, por una cara, el gráfico de un dedo pulgar hacia arriba, y por la otra del pulgar hacia abajo, que muy pronto aprendieron a usar para aplaudir las conductas respetuosas de las normas y solidarias o para reprochar las infracciones y agresiones. A los pocos meses se abrió un concurso para que Bogotá tuviera himno pues *una ciudad sin himno no se oye*. Y después fué la aparición de la *zanahoria* como signo de la muy polémica implantación de una hora-tope para los establecimientos de bebidas alcohólicas. Y después los rituales de *vacunación* contra la violencia que los niños aplicaban a los adultos, la instalación en los barrios más pobres de *casas de justicia* para que la gente dirimiera sus conflictos localmente y sin aparato formal, y la creación de la *noche de las mujeres*, etc.

Se trató de un rico y complejo proceso de lucha contra la explosiva mezcla del conformismo con la acumulación de rabia y resentimiento y através de todo ello una reinención a la vez de una *cultura política de la*

10. A. Mockus, *Cultura ciudadana. Programa contra la violencia en Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1995-1997*, Alcaldía de Bogotá, 1995

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visualidades narrativas de la violencia

pertenencia y una *política cultural en lo cotidiano*. De ahí que fueran dos los hilos que entrelazan las múltiples dimensiones de esa experiencia: una política cultural que asume como objeto a promover no tanto las culturas especializadas, industriales o de elite, sino la cultura cotidiana de las mayorías, y con un objetivo estratégico: potenciar al máximo la competencia comunicativa de los individuos y los grupos como forma de resolver ciudadanamente los conflictos y de dar expresión a nuevas formas de inconformidad que sustituyeran la violencia física. Con una heterodoxa idea de fondo, la de que lo cultural (el *nosotros*) media y establece un contínuum entre lo moral (el *individuo*) y lo jurídico (los *otros*), como lo ponen de presente los comportamientos que, siendo ilegales o inmorales son sin embargo culturalmente aceptados por la comunidad. Fortalecer la *cultura ciudadana* equivale entonces a aumentar la capacidad de regular los comportamientos de los otros mediante el aumento de la propia capacidad expresiva y de los medios para entender lo que el otro trata de decir. A eso a lo que llamó Antanas “aumento de la capacidad de generar espacio público reconocido”¹¹.

Armada inicialmente de ese bajage la alcaldía de Bogotá contrató una compleja encuesta sobre contextos ciudadanos, sentido de justicia, relaciones con el espacio público, etc., y dedicó a su campaña de “Formar ciudad” una enorme suma, el 1% del presupuesto de inversión del Distrito Capital, emprendiendo su lucha en dos frentes – la interacción entre extraños y entre comunidades marginadas- y sobre cinco programas estratégicos: el respeto a las normas de tráfico (mimos en las cebras), la disuasión del porte de armas (a cambio de bienes simbólicos), la prohibición del uso indiscriminado de pólvora en festejos populares, la “ley zanahoria” -fijación de la una de la madrugada para el cierre de establecimientos públicos donde se expenden licores con propuestas de cocteles sin bebidas alcohólicas- y la “vacunación contra la violencia”, un ritual público para aminorar la agresión entre vecinos, familiares y el maltrato infantil.

El otro hilo conductor fue el de una *política cultural* encomendada al Instituto Distrital de Cultura, y que pasó de estar dedicado al fomento de las artes a tener a su cargo la articulación de los muchos y muy diversos programas culturales en los que se desplegaba el proyecto rector de *Formar ciudad*, y en el que se insertaban tanto las acciones de la alcaldía como las de las instituciones especializadas de cultura y las de las asociaciones comunitarias en los barrios.

11. A. Mockus, “Cultura, ciudad y política”, in Y. Campos / Y. Ortiz (Comp.), *La ciudad observada. Violencia, cultura y política*, p.18, Tercer Mundo, Bogotá, 1998

Paradoja: mientras los estudiosos de las políticas culturales en América Latina estábamos convencidos de que no podía haber política cultural sino sobre las culturas especializadas e institucionalizadas, como el teatro, la plástica, la danza, las bibliotecas, los museos, el cine o la música, la propuesta de *Formar Ciudad* estuvo dedicada a poner las artes en comunicación con las culturas de la convivencia social desde las relaciones con el espacio público -en los andenes y los autobuses, los parques y las plazas- hasta las reglas de juego ciudadano en y entre las pandillas juveniles..

La ruptura y la rearticulación introducidas sonaron a blasfemia a no pocos pero otros muchos artistas y trabajadores culturales vieron ahí la ocasión para repensar su propio trabajo a la luz de su ser de ciudadanos. El trabajo en barrios se convirtió en posibilidad concreta de recrear, a través de las prácticas estéticas, expresivas, el sentido de pertenencia de las comunidades, la reescritura y la perecepción sus identidades. Redescubriéndose como *vecinos*, se descubrieron también nuevas formas expresivas tanto en las narrativas orales de los viejos como en las oralidades jóvenes del rock y del rapp. Un ejemplo precioso de esa articulación entre políticas sobre cultura ciudadana y culturas especializadas es el significado que empezó a adquirir el espacio público y los nuevos usos a los que se prestó para el montaje de infraestructuras culturales móviles de disfrute colectivo. Devolverle el espacio público a la gente comenzó a significar no sólo el respeto de normas sino su apertura para que las comunidades pudieran desplegar su creatividad cultural en un proceso en el que ciudadano empezara a significar no sólo participación sino también pertenencia y creación.

El conjunto de estregias simbólicas movilizadas en la ciudad de Bogotá encontró su colofón en la creación de la *Veeduría ciudadana*, una institución puesta en marcha al comenzar la segunda alcaldía de A. Mockus entre el 2001 y el 2004. Se trata de una institución impulsora y organizadora de los ciudadanos por *comunas* en cada una de las *localidades* en que se halla dividida la administración de Bogotá, de forma que ellos puedan *hacerse-ver y valer* en la formulación de demandas, en la instauración de denuncias y en la elaboración de proyectos sociales y culturales. *Veeduría* es una palabra cuyos lazos con el ver y lo visible no son únicamente fonéticos. Pues si lo propio de la *ciudadanía* es hoy su estar asociada al “reconocimiento recíproco”, ello pasa decisivamente por el derecho a *ser visto y oído*, ya que equivale al de existir/contar social, política y culturalmente tanto en el terreno individual como el colectivo, en el de las mayorías como de las minorías.

12. P.Riaño, *Habitantes de la memoria: jóvenes, memoria y violencia en Medellín*, p.149, ICANH, Bogotá, en prensa

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visualidades narrativas de la violencia

DE LA VISIBILIDAD SOCIAL A LAS NUEVAS VISUALIDADES TECNO-CULTURALES

La presencia constante, delirante, de las imágenes en nuestra vida es casi siempre asociada, o llanamente reducida, a una incurable enfermedad del mercado y la política contemporáneos, y casi nunca a los fenómenos y dispositivos de la *visibilidad*, idea ésta asociada predominantemente a su otra cara: la de la *vigilancia* a la que nos somete el poder cada día más descaradamente. Y es cierto: todo hacerse visible es al mismo tiempo tornarse vulnerable al acoso vigilador del poder, cuya figura más extrema se halla en internet: no puedes existir/estar en la red sin ser visto -detectado/observado- por miles de ojos y sin hacerte vulnerable a miles de virus!. Pero así como esa vulnerabilidad aleja a muy pocos de internet pues lo que moviliza y posibilita la red contrarresta los riesgos, así también la *visibilidad* social y política va más allá de lo que es pensable desde la obsesión panóptica, incluso ahora, después del del 11S, cuando toda ciudad se ve inundada de ingenios electrónicos de chequeo automático y de vigilancia agresiva.

Si es cierto que la creciente presencia de las imágenes en el debate, en las campañas y aun en la acción política, espectaculariza ese mundo hasta confundirlo con el de la farándula, los reinados de belleza o las iglesias electrónicas, también es cierto que por las imágenes pasa una *construcción visual de lo social*, en la que esa visibilidad recoge el desplazamiento de la lucha por la *representación* a la demanda de *reconocimiento*. Y en las imágenes virtuales se produce además un profundo *des-centramiento* de las instituciones y las formas que han mediado el funcionamiento social de las artes. Es verdad que en las contradictorias dinámicas de ese descentramiento el mercado juega un papel clave al funcionalizar –y en no pocos casos cooptar- a los nuevos actores y los modos de experimentación y de comunicación estética, también lo es que la expansión y proliferación de las performatividades estéticas desborda las estrategias del mercado. Y hablo de *performatividades* porque me parece la categoría que mejor permite entender los nuevos modos de la *visibilidad social* cuando la mediación de las *tecniciidades* pasa a ser estructural, esto es cuando ellas median justamente las trans-formaciones –los *cambios de forma* en el sentido que le dieron Marx y Freud a ese concepto- de lo público, *las nuevas formas tanto del configurarse de lo público como de su percepción*. Es a esas performatividades a lo que he venido llamando en mis últimos trabajos *visualidades*. Voy a mencionar esquemáticamente algunas visualidades ligadas al protagonismo social logrado por los jóvenes en Colombia.

“Las imágenes de los jóvenes como perpetradores de violencia son las que, irónicamente, dieron principio a su visibilidad y las que les abrieron una forma de participación en la sociedad a través de la negociación de acuerdos de paz o de espectaculares representaciones mediáticas”¹².

Efectivamente fue a partir de las imágenes de los dos jóvenes sicarios que, montados en una moto asesinaron a mediados de los años 80 al Ministro de Justicia, cuando el país percibió por primera vez la presencia de un nuevo actor social: los jóvenes, que comenzaron a ser protagonistas en titulares y editoriales de periódicos, en dramatizados u otros programas de televisión, en novelas y films. Unos pocos años después en un extraño libro titulado *No nacimos pa' semilla*¹³ se hará también público el primer intento de comprensión de la performatividad estética de los jóvenes sicarios de Medellín. Su autor, Alonso Salazar, se arriesga por primera vez *investigar el mundo de las pandillas juveniles urbanas desde la cultura*. Enfrentando la reducción de la violencia juvenil a efecto de la injusticia social, del desempleo, la violencia política y la facilidad de dinero que ofrecía el narcotráfico, la investigación de Salazar no ignora esas realidades pero muestra que la violencia juvenil se inscribe en un contexto más ancho y de más larga duración: el del complejo y delicado tejido sociocultural del que están hechas las violencias que atraviesan por entero la vida cotidiana de la gente en Colombia y de la sociedad antioqueña en particular. Se pone así al descubierto la complejidad y el espesor cultural de los rituales de violencia y muerte de los jóvenes, en su articulación a rituales de solidaridad y de expresividad estética, reconstruyendo el tejido desde el que esos jóvenes viven y sueñan: desde el rock duro, el *metal* y sus peculiares modos de juntarse, a las memorias del ancestro paisa con su afán de lucro, su fuerte religiosidad y la retaliación familiar, pero también los imaginarios de la ciudad moderna, con sus ruidos, sus sonidos, sus velocidades y su visualidad electrónica. Siendo esos jóvenes los primeros a los que se les aplicará en Colombia el apelativo de *desechables*, Salazar nos ayudó a entender la densidad de sentido en que los jóvenes sicarios constituyen *el desecho de la sociedad*, pues *desechable* significa, la proyección sobre la vida de las personas de la rápida obsolescencia de que están hechos hoy la mayoría de los objetos que produce el mercado, pero *desechable* tiene que ver también con *desecho*, esto es, con todo aquello de lo que una sociedad se deshace o se quiere deshacer... porque le incomoda, e estorba.

12. P. Riaño, *Habitantes de la memoria: jóvenes, memoria y violencia en Medellín*, p.149, ICANH, Bogotá, en prensa

13. A. Salazar, *No nacimos pa' semilla*, Cinep, Bogotá, 1990

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visuales narrativas de la violencia

Empezamos así a comprender de qué dolorosas y a la vez gozosas experiencias, de que sueños, frustraciones y rebeldías estaba hecho ese *desecho social* que conforman las bandas juveniles, esas que desde los barrios populares llevan la pesadilla –en las formas del sicario en moto pero también en las del rock y el rappa- hasta el *centro* de la ciudad y sus barrios bien habientes y bien pensantes. La visualidad de los jóvenes emergerá cada día más fuerte de las voces de esos nómadas urbanos que se movilizan entre el adentro y el afuera de la ciudad montados en las canciones y sonidos de los grupos de rock, como *Ultrágeno* y *La pestilencia*, o en el *rappa* de las pandillas y los *parches* de los barrios de invasión, vehículos de una conciencia dura de la descomposición la ciudad, de la presencia cotidiana de la violencia en las calles, de la sinsalida laboral, de la exasperación y lo macabro. En la estridencia sonora del *heavy metal* y en las barrocas sonoridades del concierto barrial de *rappa* los juglares de hoy hacen la crónica de una ciudad en la que se hibridan las estéticas de lo desechable con las frágiles utopías que surgen de la desazón moral y el vértigo audiovisual.

Siguiendo esa pista, pero ensanchándola para dar cabida a la más desconcertante de las paradojas que dinamizan las visualidades jóvenes, Pilar Riaño nos descubre en una larga investigación lo siguiente: mientras vivimos en uno de los países donde hay más muerte, y la sociedad busca sin embargo compulsivamente borrar sus signos, sus huellas sobre la ciudad, los jóvenes de Medellín hacen de la muerte una de las claves más expresivas de su vida. Primero visibilizándola con barrocos rituales funerarios y formas múltiples de recordación que van de las marchas y procesiones, de los graffitis y monumentos callejeros, a las lápidas y collages de los altares domésticos; y segundo, transformándola en hito y eje *organizador de las interacciones cotidianas* y en *hilo conductor* del relato en que tejen sus memorias. He ahí el rostro más oculto de una juventud machaconamente acusada de frívola y vacía. Pues en un país donde son tantos los muertos sin duelo, sin la más mínima ceremonia humana de velación, es en la juventud de los barrios pobres, *populares*, con todas las contradicciones que ello conlleve, donde encontramos – por más heterodoxas y excéntricas que ellas sean- verdaderas ceremonias colectivas duelo, de velación y recordación.

Entre los jóvenes de barrio en Medellín “lo que más se recuerda son los muertos” y ello mediante un *habla visual* que no se limita a evocar sino que busca *convocar*, retener a los muertos entre los vivos, poner rostro a los desaparecidos, contar con ellos para urdir proyectos y emprender aventuras. Y lo más sorprendente: las *prácticas de memoria* con las que los jóvenes “significan a los muertos en el mundo de los vivos son las que

otorgan a la vida diaria un sentido de continuidad y coherencia”¹⁴.

Y una segunda paradoja que recupera los yacimientos narrativos de esa nueva visualidad: la recuperación por parte de los jóvenes urbanos de los más viejos y tradicionales relatos rurales de miedo y de misterio, de fantasmas, ánimas y resucitados, de figuras satánicas y cuerpos poseídos, en “tenaz amalgama” con los relatos que vienen de la cultura afrocubana y la de los medios, del rock y del merengue, del cine y del video. Evocadores de “mapas del miedo” esos relatos y leyendas, amalgamados eclécticamente, pasan a convertirse en generadores de “un terreno sensorial común” para expresar emociones, en figuras reivindicadoras de las hazañas non-santas de sus héroes otorgando una cierta coherencia moral y alguna estabilidad a unas vidas situadas en los más turbios remolinos de inseguridades y miedos, y sirviendo de dispositivo de *desplazamiento* (Freud) de los terrores vividos en la cruel realidad cotidiana a otras esferas y planos de mediación simbólica – memoria, magia, sobrenaturalidad, teatralidad emocional- desde los que se hace posible exocizar y controlar en algún modo la delirante violencia en que se desarrollan esas vidas. Hay en esa amalgama de relatos rurales y narrativas urbanas un ámbito estratégico de *moldeamiento activo de sus culturas* para dotarlas de supervivencia tanto en sus dimensiones más largas y raizales como en sus valores más utilitarios: los ligados al éxito en los noviazgos o en las operaciones del contrabando.

14. P.Riaño, obra citada, p. 101

REFERENCIAS

- HARDT, M. & negri, A. (2002). *Império*. Buenos Aires: Paidós.
- JIMENO, M. (1998). Identidad y experiencias cotidianas de violencia. In *Cultura, política y modernidad* (G Restrepo y otros, orgs.). Bogotá: CES/Universidad Nacional.
- LECHNER, N. (1995). América Latina: la visión de los científicos sociales. *Nueva sociedad* 139, Caracas.
- _____ (2000). Orden y memoria. In *Museo, memoria y nación* (G.Sanches y M.E.Wills, comps.) Bogotá: Pnud/Icanh.
- _____ (2002). *La sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: Lom.
- MOCKUS, A. (1995). *Cultura ciudadana*. Programa contra la violencia en Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1995-199. Alcaldía de Bogotá.
- _____ (1998). Cultura, ciudad y política. In *La ciudad observada. Violencia, cultura y política* (Y. Campos e Y. Ortiz, comps.). Bogotá: Tercer Mundo.

D

Nuevas visibilidades políticas de la ciudad y visuales narrativas de la violencia

RIÑO, P. (*no prelo*). *Habitantes de la memoria: jóvenes, memoria y violencia en Medellín*, Bogotá: ICANH.

SALAZAR, A. (1990). *No nacimos p'a semilla*. Bogotá: Cinep.

SANTOS, M. (2000). *Por uma outra globalização*. Rio de Janeiro: Record.
(Bogotá, abril de 2006).